

de Dios o de las cosas divinas en esta vida, que enciende al alma en el amor de las divinas perfecciones.

10. ¡Oh Señor, cuán sabio sois, cuán poderoso os mostráis, cuán condescendiente con nuestra pequeñez y miseria, para conducirnos suave y eficazmente a la visión y goce de vuestra siempre adorable Esencia! Presentáis a nuestra observación el Cielo natural que nos alumbra y recrea, para que nos enseñe la contemplación de los bienes celestiales y busquemos la visión de vuestro rostro, que nos haga felices por toda la eternidad. Y si deseamos gozaros con más perfección, prometéis y otorgáis a las almas perfectas, la visión sobrenatural de vuestros bienes, aun en esta miserable vida, para que más ardorosamente os amen.

Agradezco la abundancia de tantos dones, celebro vuestras magnificencias, y quiero cantar vuestra gloria eternamente. Vuestra luz ilumine mis tinieblas y disipe mis ignorancias, y vuestro amor inflame mi corazón, para que no me deje corromper por los bienes perecederos de la tierra, sino que tenga siempre mi complacencia en las cosas del Cielo.

2. El Cielo aéreo ⁽¹⁵⁾

Altura del Cielo aéreo. Composición y peso del aire. Es eminentemente purificador y, sin él, es imposible la vida del hombre. El aire y las nieblas, nubes, lluvias, nieve, relámpagos, truenos y rayos. Porqué se llama Cielo aéreo.

1. Comencemos a hablar del primer Cielo natural, más cercano a la tierra, llamado *Cielo aéreo*. El aire forma una extensa masa gaseosa que rodea nuestro globo, y cuya altura señalan los sabios desde 70 a 400 kilómetros, asombrando al hombre, que sólo ha conseguido remontarse, con las naves aéreas, hasta unos 6,000 metros; sin embargo de ello, es pequeña, comparada con el diámetro de la tierra (12,732 kilómetros) y más aun, si se la compara con las alturas inconmensurables de los espacios

que limitan con el Cielo empíreo.

2. El aire está compuesto de 21 por 100 de oxígeno y 79 por 100 de nitrógeno, con algo de vapor de agua, ácido carbónico, amoniaco, resto de sustancias orgánicas y gérmenes que producen el moho de los vegetales. Su color es de un hermosísimo azul, efecto de reflejar sus partículas principalmente los rayos azulados. En el zenit se presenta más negro, y en el horizonte, después de las lluvias, aparece más claro, porque desaparecen las vesículas de vapor, partículas orgánicas, etc. Su peso, a pesar de su aparente ligereza, es de 1 kilogramo sobre un centímetro cuadrado; de donde se infiere que sobre el cuerpo del hombre gravita el enorme peso de 15,000 kilogramos, contrarrestado por el aire interior del organismo humano.

3. El aire atmosférico es el purificador universal de la tierra, y por su movilidad e impetuosidad ligerísima, es un perfectísimo ventilador, que purifica la tierra de las impurezas emanadas de los cuerpos corrompidos en estado de putrefacción. Sin el aire que respiran los animales, quedándose el 25 por 100 de oxígeno, que purifica la sangre y devolviendo el 6 por 100 de ácido carbónico, cuyo exceso asfixia, morirían al punto asfixiados, y las plantas no podrían vivir, ni crecer. Por lo cual, es eminentemente purificador, y no daña sino viciado en pequeñas cantidades.

4. En el aire atmosférico están las nieblas, vesículas de vapor que tocan a la tierra; y las nubes, que no son sino nieblas altas, vesículas que enfriadas por capas de aire, dan origen a las lluvias que benefician los campos, dándoles verdor y hermosura. En el aire se forma la nieve, finísimos cristallitos de hielo, que van haciéndose mayores, por creciente condensación del vapor de agua. Allí mismo tienen lugar los relámpagos, luz deslumbradora producida por la chispa eléctrica que estalla en las nubes cargadas de electricidad; el trueno, detonación violenta que sucede al relámpago en las nubes tempestuosas; y de allí procede el rayo, aviso de la cólera de Dios por los crímenes de los hombres, y chispa eléctrica entre las nubes y el suelo.

5. Con razón, por consiguiente, se llama *Cielo aéreo* todo el espacio lleno de aire que circunda la tierra, por su elevación

sorprendente y los admirables fenómenos que en él tienen lugar, por su luz suavísima y calor templado procedentes de los astros, y en especial del Sol, que se comunican a todos los seres vivientes, y por su incorrupción y pureza, ya que él nada vicia y todo lo purifica.

6. Adoro ¡oh Dios mío! vuestra Inmensidad, cuyas huellas veo ya en esa extensa región del *Cielo aéreo*, y bendigo vuestra sabiduría infinita, que me proporciona ese aire que me da vida, y me la conserva, y la comunica abundante a las plantas y animales, creados para mi servicio. Os agradezco, Señor, el viento que me purifica, la lluvia que me refrigera, el relámpago y el rayo que me admiran, el trueno que me conmueve. La luz del *Cielo aéreo* me alegra y fortalece, su altura me humilla y facilita la respiración, y el calor que produce con la combustión, me llena de fuerza y de vigor. Y si tan benéfica influencia ejerce el *Cielo aéreo*, aunque no sea más que temporal, ¿cuán grandes serán las maravillas y delicias que me guardáis en el Cielo em-píreo?

3. El Cielo sidéreo ⁽¹⁶⁾

En qué consiste. Por su grandiosidad ha sido el objeto de admiración y estudio en todos los tiempos. El número de cuerpos celestes es incontable. Su magnitud inconcebible. Influencia del Sol y de la Luna. Movimiento ordenado de los cuerpos celestes y su centro moral y universal.

1. Si admirable es el Cielo aéreo con su color azul, sus vientos impetuosos, sus ligeras y variadas nubes, sus benéficas lluvias, e imponente por sus relámpagos, rayos y truenos, y delicioso por conservar la vida del hombre, de los animales y de las plantas con la respiración, y el calor que ella produce, mucho más digno de admirar es el Cielo tachonado de estrellas con el Sol, la luna, los planetas, satélites y cometas, que forman lo que se llama *Cielo sidéreo*.

mar imagen que represente al vivo tanta grandeza. Por lo cual, el Apóstol San Pablo, hablando del rapto o visión intelectual que experimentó, dice de sí mismo, que «fue arrebatado hasta el tercer cielo y oyó palabras secretas que al hombre no le es lícito hablar» (35). Y aunque no todas las Visiones intelectuales son de grado tan excelente como la de San Pablo, no dejan de tener una grandeza y eficacia inefables.

En todas partes ¡oh Señor! se descubren vuestras maravillas; pero de un modo especial, y para santificación y regalo de las almas, las veo yo resplandecer en ese tercer Cielo que se llama *Visión intelectual*, de manera que se cumplen sobreabundantemente aquellas palabras de Jesús en el Evangelio de San Juan: «Y el que me ama, será amado de mi Padre; yo le amaré, y *me le manifestaré a mí mismo*» (36). Os manifestáis en la Gloria, dejando ver vuestra divina Esencia, y os manifestáis en este mundo a vuestros amadores, comunicando copiosamente vuestra luz para conocer las vanidades de este destierro, y la excelsitud de vuestras perfecciones. Os agradezco tantos beneficios, y os pido luz abundante para conoceros y amaros de todo corazón.

9. El cuerpo del hombre en el Cielo será inmortal ⁽³⁷⁾

Bienes eternos del Cielo. Nuestro cuerpo resucitará para recibir el premio debido. El cuerpo del hombre bienaventurado será inmortal con inmortalidad dichosa y siempre deseable.

1. Vamos ya a entrar de lleno, con la gracia de Dios, en la consideración de los bienes eternos del Cielo. Y puesto que lo sensible es más asequible al entendimiento del hombre, y es medio o grado para subir a la contemplación de las cosas espirituales y más elevadas, comenzaremos a tratar primeramente de los bienes eternos de que gozará nuestro cuerpo en el Cielo.

2. Es de fe, y lo enseña la experiencia, que el hombre debe morir. Al separarse el alma del cuerpo, se corrompe éste y vuelve al polvo de donde se formó. El alma, que es inmortal, va al punto al Cielo, al infierno o al purgatorio, según sus merecimientos. Mas el cuerpo, partícipe de las acciones del hombre, ¿no lo será de su recompensa? Si padeció en la tierra, justo es que goce, según la providencia y misericordia de Dios, durante toda la eternidad con el alma; si gozó indebidamente contra las leyes del Creador, de justicia le corresponde una pena eterna en el Infierno. Pero yace corrompido en el sepulcro, y los muertos no gozan ni padecen. Luego debe resucitar el cuerpo del hombre, uniéndose al alma que antes le informó, y con ella debe vivir por toda una eternidad. Es, pues, necesaria la resurrección de los muertos, y es de fe que resucitarán al fin del mundo.

3. Mas para nuestro objeto, ¿de qué bienes gozará el cuerpo resucitado en el Cielo? Primeramente, de la inmortalidad. Este es el primero y principal de los bienes, el ser, el vivir. Los seres del reino vegetal, los animales, y aun el mismo hombre, por más que resistan a la muerte y tengan instinto de conservación, después de una vida más o menos larga, mueren. Morir es acabarse todo: es perder el ser, las propiedades, las perfecciones, las inclinaciones, todo el bien que se tiene, se goza o se ama. Morir es dejar de ser en el estado en que se vivía; y todo ser apetece naturalmente la existencia como base y fundamento de todos los bienes. Por lo mismo que amamos el bien, amamos la vida y tememos la muerte. Ahora bien, en el Cielo el cuerpo del hombre vivirá eternamente, sin temor a la muerte, ni a enemigos que puedan de algún modo producirla. Un cuerpo sano en un alma santa; un cuerpo glorioso con un alma dichosa; un cuerpo incorruptible en un espíritu siempre inmortal; un cuerpo siempre vivo y resplandeciente con un alma que nada en delicias eternas. He aquí la sublimidad y grandeza que adquirirán nuestros cuerpos, sujetos ahora a las miserias, padecimientos y terribles agonías de la muerte.

4. Como dice San Agustín, no es vida la vida que siempre parece acabarse y está a punto de desaparecer y nunca se aca-

ba entre agonías terribles, como es la de los condenados en el Infierno. También allí se vive, si tal estado se puede llamar vida, y vida inmortal, que más bien debiera llamarse inmortal agonía. ¿Quién apetece tan triste inmortalidad que siempre lleva el germen del tormento, que es el pecado? Mas, si el cuerpo inmortal del condenado nadie puede desearlo, porque es más muerte que vida, la vida inmortal del cuerpo en el Cielo, ¿quién no la deseará, siendo una vida gloriosa, sin la pesadumbre del tiempo, ni la opresión de lugar, ni la pesantez de la materia, ni los tormentos del dolor? Así que, no sólo es inmortal el cuerpo del hombre en el Cielo, porque jamás se disolverá, sino principalmente porque posee las condiciones excelentísimas de la vida, que son luz que recrea, agilidad que deleita, sutileza que ennoblece, deleite que conforta. Por lo cual, la inmortalidad del cuerpo en el Cielo es ardientemente deseable, y un bien que revestirá al hombre de grandeza, de gloria y de embeleso.

«¿Quién me libraré ¡oh Dios mío! de este cuerpo de muerte (38), y me dará un cuerpo dotado de inmortalidad, siempre deleitosa y siempre deseable?» Vos, Señor, me limpiaréis de mis pecados; con vuestra divina gracia me haréis más tolerable esta vida terrena, y, configurado con el cuerpo de Jesús resucitado, me restituiréis este cuerpo, vestido de hermosura y de dichosa inmortalidad.

de mi herencia, la paz de mi atribulado corazón; Vos solo llenaréis mi espíritu de gozo y deleites interminables.

68. Para la bienaventuranza del Cielo se requiere rectitud de la voluntad antes y en el mismo acto de gozarla ⁽³⁵⁸⁾

Para alcanzar la perfecta felicidad del Cielo el alma debe estar libre de pecado. Autoridades de la Sagrada Escritura. Qué nos enseña la razón teológica. No se puede gozar de la bienaventuranza, sin una voluntad recta. Testimonio del Apóstol San Pedro. Doctrina del Angélico Doctor.

1. Para conocer mejor la naturaleza, propiedades y condiciones de la felicidad eterna del Cielo, preguntamos ahora, y explicamos en este capítulo, si es necesaria la rectitud de la voluntad; o en otros términos: ¿puede darse felicidad perfecta en una voluntad mala al entrar en el Cielo, o al gozar de la bienaventuranza eterna?

2. Para que un alma *entre a gozar* la felicidad eterna del Cielo, es preciso que su voluntad sea recta, es decir, que no esté manchada con la malicia del pecado. Esto consta claramente de la Sagrada Escritura, que dice: «No entrará en ella (en la ciudad de la Gloria) ninguna cosa contaminada, ni ninguno que cometa abominación y mentira» (359). Pues Dios, que es la suma pureza y santidad infinita, no puede comunicarse amistosamente a una voluntad manchada por el pecado, que la hace abominable a sus ojos. El hombre ha de tener un corazón puro, es decir, un alma santa, para las comunicaciones íntimas y familiares con el Dios tres veces santo; por eso dice San Mateo: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (360). Lo que confirma San Pablo, diciendo: «Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios» (361). Por consiguiente, para ver a Dios, en lo cual consiste la felicidad perfecta, es necesario una voluntad buena o recta, y sin ella no

hay bienaventuranza eterna.

3. La misma razón teológica confirma lo que enseña la Sagrada Escritura. Porque los fines y los medios han de guardar cierta proporción; pues los medios son como una disposición o preparación para el fin. Si, pues, el fin del hombre es el Bien Supremo, el hombre debe disponerse, para alcanzarlo, con medios semejantes de bondad. Si Dios es la suma Bondad, el alma debe prepararse, para unirse íntimamente con Él, con actos buenos o rectos, que no puede producir sino una voluntad buena o recta. He aquí por qué es un requisito, para la felicidad eterna del Cielo, la rectitud de la voluntad, y ninguno podrá alcanzarla sin tener esa buena disposición.

4. Si para alcanzar la eterna bienaventuranza del Cielo, es un requisito necesario la voluntad recta, para *actuarse* en ella, o gozar de ella, es imprescindible que también lo sea, como lo declara San Pedro, diciendo: «Dios nos ha reengendrado para esperanza de vida... para una herencia incorruptible, que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los Cielos para vosotros» (362). Por tanto, si disfruta de una herencia que no puede contaminarse ni marchitarse, la voluntad del bienaventurado permanece recta o buena; de lo contrario, si pudiera mancillarse o corromperse, ya no sería herencia incorruptible, como asegura San Pedro. Así, pues, la voluntad recta o buena es un requisito para los que gozan de la eterna bienaventuranza del Cielo.

5. Hay además otra razón que expone Santo Tomás con estas palabras: «La bienaventuranza última consiste en la visión de la divina Esencia, que es la misma Esencia de la bondad; y así la voluntad del que ve la Esencia de Dios, por necesidad ama lo que ama en orden a Dios, como la voluntad del que no ve la Esencia de Dios, por necesidad ama lo que ama bajo la razón común del bien que conoce; y esto mismo es lo que hace a la voluntad recta. Por tanto, no puede haber felicidad sin voluntad recta» (363). Es, pues, tanta la bondad y hermosura, que en Dios ve el bienaventurado del Cielo, que arrastra necesariamente a la voluntad a amar lo que Dios ama; y viendo a Dios, en este acto, que dura eternamente, no peca, ni puede pecar, y

- (672) S. Juan, XI, 42.
(673) Ibid., XVII, 24.
(674) Ibid., XVI, 33.
(675) Ibid., XVII, 12.
(676) Ibid., VI, 35.
(677) S. Juan, VI, 40.
(678) S. Lucas, XXIV, 26.
(679) Ibid., XXII, 28-29.
(680) Suma, 1.^a, 2.^æ, LXIX.
(681) S. Mateo, V, 3.
(682) Ibid., VIII, 20.
(683) Ibid., V, 4.
(684) S. Mateo, V, 5.
(685) Ibid., V, 6.
(686) S. Mateo, V, 7.
(687) Ibid., V, 8.
(688) Ibid., V, 9.
(689) Isaías, XXXII, 17.
(690) S. Mateo, V, 10.
(691) Salmo XV, 11.
(692) Santo Tomás, Oración a la Virgen.
(693) Letanía de la Santísima Virgen.
(694) Himno «Te Deum».
(695) Antífona del tiempo de Resurrección.
(696) S. Lucas, I, 28.
(697) Ibid., I, 48.
(698) Antífonas finales de la Santísima Virgen.
(699) Oficio de la Asunción de la Santísima Virgen.
(700) Salmo II, 7.
(701) S. Juan, XVII, 3.
(702) Hebreos, I, 3.
(703) Cantares, IV, 7.
(704) Ibid., VI, 9.
(705) Ibid., VII, 6.
(706) Cantares, VIII, 5-6.
(707) Oficio de Pentecostés.
(708) S. Epifanio, Alabanzas de la S. Madre de Dios.
(709) Salmo CXIII, 19.
(710) Letanía de la Santísima Virgen.
(711) S. Juan, XIX, 27.
(712) S. Lucas, I, 15.
(713) Credo.
(714) Oración de la Salve.
(715) Letanía de la Santísima Virgen.
(716) Letanía de la Santísima Virgen.
(717) S. Juan, XVII, 3.
(718) Letanía de la Santísima Virgen.
(719) Oración de la Salve.
(720) Colosenses, III, 1-2.
(721) Salmo LXXII, 1.
(722) Ibid., XXX, 20.
(723) Ibid., XXXV, 9.
(724) Ibid., LXXXIII, 2.
(725) Ibid., XXVI, 4.
(726) Salmo LXXXIII, 3.
(727) Ibid., XLI, 2-3.
(728) Ibid., LXXII, 25.
(729) Paráfrasis de los Salmos, LXXII, 25, 27.
(730) S. Mateo, V, 12.
(731) Job, XIV, 1.
(732) Salmo CXXIX, 1.
(733) Ibid., VIII, 6.
(734) Colosenses, III, 1.
(735) Suma, 1.^a, XII, 6.
(736) Paráfrasis del Salmo XLI, 1-2.
(737) S. Mateo, XXV, 34.